

un modelo consistente respecto a sus precios. Hay cierta sorprendente evidencia de que, en comparación con los vecindarios no ‘encerrados’ en áreas comparables en los 90, las urbanizaciones ‘encerradas’ tenían una pequeña desventaja en los precios de la vivienda. Las urbanizaciones ‘encerradas’, como los condominios y cooperativas de pisos, tienden a autogobernarse con juntas directivas elegidas que supervisan la propiedad común y elaboran normas que obligan a todos sus residentes. Algunas de estas comunidades tienen normas que controlan el comportamiento de los vecinos (tales como la prohibición de colgar la ropa en el exterior) lo que parece excesivo a los forasteros. A esta gobernanza se le etiqueta como “micro gobierno privado” o “seudo

gobierno” cuyo caso extremo adopta la forma de secesión civil, donde las urbanizaciones se segregan de las jurisdicciones locales, substituyéndolas por las asociaciones privadas y contratando privadamente los servicios administrativos del condado o ayuntamientos vecinos, como policía, bomberos, recogida de basuras, etc. ¿Qué hay detrás de tal comportamiento? No tiene una respuesta simple. Hay elementos nostálgicos, de miedo, de desconfianza en el gobierno público en una sociedad que deviene crecientemente multicultural. Referencia básica: BLAKELY Edward J. & Mary G. SNYDER, (1997): *Fortress America: Gated Communities in the United States*, Brookings Institution, Washington D. C.

Traducción del inglés PPG.

## Venezuela

Arturo ALMANDOZ

Departamento de Planificación Urbana, Universidad Simón Bolívar, Caracas

### DEL «CARACAZO» A LAS ALCABALAS URBANAS

Desde mediados del siglo XX, Caracas fue una ciudad que se desarrolló como metrópoli sobre los principios de una marcada segregación funcional y espacial en el espacio. En parte debido a la estructura basada en *neighbourhood units* (unidades vecinales) adoptada en el Plano Regulador de 1951 (VILLORIA & ALMANDOZ, 2002), la realidad de una metrópoli fragmentada, con grandes divisiones acentuadas por la abundante vialidad expresa, se plasmó completamente para comienzos de los años 1980: entre el «oeste» pobre y el «este» rico, a lo largo del valle se yuxtaponían las divisiones entre, por un lado, «urbanizaciones» de las clases medias y alta en las estrechas planicies y «colinas» o «lomas» adyacentes; y, por otro, «barrios» de «ranchos» que habían proliferado en los «cerros» desde mediados del siglo XX, improvisados por inmigrantes campesinos y

extranjeros atraídos a la capital venezolana por la bonanza petrolera. Creo que esa gran segregación socio-espacial entre el este y el oeste, así como la capacidad de convocatoria de algunos espacios públicos en distritos que adquirieron nuevo alcance, como Sabana Grande y Bellas Artes, cambió en parte con la aparición del Metro de Caracas en 1983 (ALMANDOZ, 2000). Sin embargo, la continua y matizada utilización de esos términos en el lenguaje, cargados de significaciones sociales, confirmaban la realidad de una ciudad dual, de urbanizaciones y barrios que coexistían, sin mayor conflicto hasta entonces, en la estructura urbana de la capital de la Gran Venezuela petrolera.

Esa dualidad relativamente pacífica cambiaría después del «Caracazo» del 27 y 28 de febrero de 1989, cuando buena parte de la población de los «cerros» bajó a saquear la ciudad consolidada, después de las primeras medidas de austeridad promulgadas al comienzo del segundo gobierno de Carlos

Andrés Pérez (1989-1993). Anunciando el fin de la democracia bipartidista, en la que Acción Democrática y Copei habían hecho uso alternado e ineficiente de la ingente renta petrolera, ese «Caracazo» significó al mismo tiempo la irrupción en la arena pública de los actores sociales excluidos del clientelismo partidista, introduciendo la lucha de clases en una sociedad en la que el oro negro la había escamoteado, a pesar de que la pobreza crítica frisaba ya el 40 por ciento a finales de los años 1980 (GARCÍA GUADILLA, 1994: 63). También ese Caracazo aceleró varios y distorsionados efectos en la estructura y dinámica de la ciudad venezolana en general, incluyendo la colonización de los espacios públicos por parte de buhoneros y demás actividades «informales», que se apoderaron de las zonas que el metro había renovado hacía menos de una década; se acentuó así, por contraposición, el valor del centro comercial en tanto enclave de seguridad y exclusividad —además de modernidad— en la ciudad venezolana (ALMANDOZ, 2000: 122-126).

Aun cuando en algunas urbanizaciones tradicionales de clase media como San Bernardino y Bello Campo, se produjo desde entonces un proceso de relativa «homogeneización socio-espacial», en la mayoría de las urbanizaciones del este burgués, el Caracazo llevó a la «privatización de los cuerpos de seguridad», cuyos tempranos efectos en la estructura urbana bien resume García-Guadilla:

«La privatización o el cierre de las calles mediante vallas y vigilantes privados que impiden la entrada a todas aquellas personas que no se identifiquen apropiadamente ha reducido sustancialmente el espacio o ambiente urbano para el disfrute de los ciudadanos-lesionando un derecho constitucional. Al reducirse la infraestructura local de vías alternas disponibles se ha incrementado la circulación y el tráfico en las vías principales; también se ha reducido el patrimonio ecológico y estético, es decir, la calidad de vida de los ciudadanos por cuanto son las urbanizaciones mejor dotadas

ambientalmente las que primero se privatizan» (GARCÍA-GUADILLA, 1994: 64-65).

A lo largo de los años 1990, en medio del deterioro de la economía y el sistema político, que han ocasionado saqueos populares en varias oportunidades; con niveles de pobreza que afectan al 80 por ciento de la población venezolana, e índices de criminalidad que figuran entre los más altos de las capitales de América Latina (ALMANDOZ, 2002), las *gated communities* en Caracas y la ciudad venezolana se han convertido en fenómeno irreversible. En medio de ese «magma de la inseguridad», las «alcabalas residenciales urbanas», como las han llamado recientemente García & Villá, constituyen una forma de «sociabilidad vigilante» que estructura una «urbanidad privativa» en casi todas las urbanizaciones del sureste caraqueño: Terrazas del Club Hípico, El Peñón, La Trinidad, La Tahona, La Alameda, Santa Paula, Manzanares, Santa Rosa de Lima, Santa Fe, San Luis, Caurimare, Alto Prado, Prados del Este y Colinas de Los Ruices, entre otras. Una peculiaridad de estas encubiertas formas de «expoliación del dominio público» viene dada, en el caso venezolano, por el hecho de estar legitimadas por asociaciones de vecinos, que incluso han logrado el reconocimiento y la institucionalización de tales prácticas por parte del gobierno municipal, al mismo tiempo que han implantado la «valla», la «alcabala» o la «caseta» de vigilancia en el modo de vida y en el paisaje urbano caraqueños (GARCÍA & VILLÁ, 2001). La simbología, sociología y geografía urbanas de esas *gated communities* en el caso de Caracas y de otras ciudades del país, requiere un tratamiento más extenso y detallado, por parte de verdaderos expertos; mientras tanto, en esta nota sólo he intentado establecer su vinculación con el Caracazo del 89, detonante que creo les potenció en la historia reciente de la urbe venezolana.

**BIBLIOGRAFÍA**

- ALMANDOZ, A. (2000): *Ensayos de cultura urbana*, Fundarte, Caracas.
- (2002): «Caracas, Venezuela», en Melvin EMBER y Carol R. EMBER (eds.), *Encyclopedia of Urban Cultures. Cities and Cultures around the World*, 4ts., I, 495-503, Grolier, Danbury, Connecticut.
- GARCÍA-GUADILLA, M. P. (1994): «Configuración espacial y movimientos ciudadanos», en Tomás R. VILLASANTE (coord.), *Las ciudades hablan. Identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas*, Caracas: 51-69, Nueva Sociedad.
- GARCÍA, P. & M. VILLÁ, (2001): «De la sociabilidad vigilante a la urbanidad privativa. Homogeneización residencia, usos ciudadanos y ciudadanía en Caracas», *Perfiles latinoamericanos*, 19, México: 57-82, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- VILLORIA-SIEGERT, N. & A. ALMANDOZ, (2002): «Transferring the Neighborhood Unit to Caracas: Examples of Foreign Influence in Venezuela», *Critical Planning*, 9, Los Angeles: 89-100, Department of Urban Planning, University of California Los Angeles (UCLA).